

ANTONIO MARTÍN PÉREZ

Sangre Y ESENCIA

LOS IMPUROS



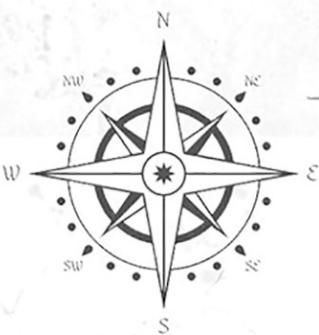
R.



• DESGUACE

• BASE ZEUS

• TORRE ZEUS





•REFUGIO

BASE INJETAR ABANDONADA

•ARENA



OCRAN

CAPÍTULO 0

Según me han contado, toda historia que se precie empieza en algún momento puntual del protagonista, es decir, yo. Además, se intenta poner a la audiencia de dicha historia un poco en antecedentes antes de empezar a contarla. Pues allá voy.

Mi nombre es Nixot. Tengo un hermano mayor, de nombre Gustav, y una hermana pequeña, muy adorable y con muy mal genio, que se llama Sheva. ¡Ah, sí! Y vivimos en un extraño mundo donde las personas han perdido la cabeza y todo está hasta arriba de unos seres extraños conocidos como «morferos». Para contaros lo que son los morferos, primero os tengo que poner en contexto. Hace varias décadas, la humanidad comenzó a desarrollar unos poderes «curiosos». Hemos descubierto que estamos divididos en lo que llamaríamos hoy en día como «razas», pero no tiene nada que ver con el color de la piel; parece que no todos los seres humanos vienen del mono. Pasó algo hace tiempo que despertó la herencia oculta de las personas y, con ello, su poder oculto. Esto hizo que muchos fueran capaces de despertar su «yo» animal y transformarse en diferentes criaturas o animales dependiendo de su verdadera identidad, de dónde viene su estirpe o raza. Este poder empezó a verse más a menudo en el Oriente Antiguo, donde se bautizó a los portadores de este don como *obakes*, que significa «algo que cambia».

Enseguida, la gente empezó a disfrutar de este nuevo poder y comenzaron a sobreexplotarlo. Muchos dejaron de usar los vehículos modernos para viajar convertidos en canes, felinos, aves... Parecía que todo eran ventajas, pues de esta manera atajábamos el problema de la contaminación y demás, pero, claro está, no es oro todo lo que reluce. Por un lado, solamente aquellos cuyo ADN no se ha contaminado, por

muy difícil que parezca, pueden despertar su yo animal. He de aclarar que con «contaminar» me refiero a que su estirpe no se ha mezclado con otra que provenga de otro animal. Puede resultar sumamente complicado y aleatorio, pero parece ser que la atracción y lo que hoy en día conocemos como «amor» está escrito en el ADN, pues la mayor parte de la población tenía la capacidad de transformarse, es decir, su ADN se había mantenido puro. Si, por el contrario, tu estirpe está entremezclada, por aquellos a los que les encanta llevar la contraria a la naturaleza o a las reglas del destino o como quiera llamarse, tras el despertar de estos poderes uno seguiría siendo simplemente humano, sin poderes. Puede parecer un problema, pero te ahorras el tener que andar con cuidado de no abusar de este cambio de forma. Si se abusa de la «morficación», los seres humanos pueden llegar a perderse en una especie de limbo entre humano y animal, y quedarse en un estado intermedio en el que no son ni una cosa ni la otra. Estos seres comenzaron a conocerse como «morferos». Al principio los considerábamos los yonkis de este nuevo mundo, pero más tarde nos dimos cuenta de que se trataba de algo mucho más serio: una epidemia que llevó a la mayor parte de la población mundial a convertirse en morferos, dejando al mundo y a la sociedad en un estado posapocalíptico. Estas criaturas se rigen meramente por instinto, y su instinto tan solo les empuja a alimentarse de lo que sea. Les vale cualquier cosa.

En cuanto a mí y a mi familia, parece ser que mis padres fueron de esos que llevaron la contraria al destino, al igual que sus padres antes que ellos y así. Ninguno de nosotros somos capaces de transformarnos. Y no veas lo complicado que resulta vivir en esta época sin poder alguno y nada más que con tu ingenio. Aunque claro, si vives con mi ingenio, no es tan complicado... O por lo menos no es nada aburrido.

Ahora empezaré a contar un poco cómo hemos llegado a la situación en la que me encuentro, para ver si al repasar todo lo ocurrido paso a paso se me ocurre una manera de solucionar el enigma al que me enfrento.

CAPÍTULO I

La verdad es que todo se fue al garete en cuestión de días. Aún no sabemos muy bien cómo ni por qué. Recuerdo que hace unos años, mis padres, mis hermanos y yo hicimos el típico viaje de fin de semana a la montaña. Es algo que siempre nos ha gustado, así que allá que íbamos. Con varias maletas con ropa de recambio, alguna cosilla para comer y picar. Eso sí, lo que nunca faltaba eran unas armas para hacer algo de «tiro a la lata» y pasar el rato entre mi padre, Gustav y yo.

No era el ideal de diversión, pero venía bien desconectar de vez en cuando de la sociedad moderna, de las tecnologías y demás. Estar unos días contigo mismo y con tu familia, sin nada de por medio, era genial. Para ser honesto, sentaba bien concentrarse en el arma y apuntar a las latas; enfocar toda tu energía en algo, para variar. El único problema es que Sheva también quería, pero mi padre se negaba a dejar que cogiera un arma de fuego. Siempre se excusaba en que ella era muy pequeña, pero yo tan solo le saco cinco años y llevaba más de cinco disparando, desde que tenía diez años. Por esta razón yo no estaba de acuerdo en su decisión, así que decidí enseñar a Sheva a usar un arma a escondidas, pues con mi padre no se podía razonar demasiado. Era lo que él decía y opinaba y... punto final. En lo que respecta a Gustav, él no estaba de acuerdo ni con la actitud de mi padre, ni con la mía, pero se limitaba a ver, oír y callar. Es de la clase de persona que evade todo lío o conflicto de este estilo, aunque luego es el primero en tirarse de cabeza cuando cree que se necesita su ayuda. Es algo particular, pero es mi hermano mayor y siento que siempre puedo contar con él, aunque a veces no esté de acuerdo conmigo.

Pues allí estábamos, disparando a latas de refresco, o a dianas que habíamos marcado en los árboles cuando oímos que se movía algo. Mi

padre gritó el nombre de mi madre «¡Virgilia!». Pero sabíamos que ella estaba en la caseta, preparando algunas cosillas, como siempre. Empezamos a escuchar cada vez más movimiento.

—¡Poneos detrás de mí! —ordenó mi padre.

Rápidamente hicimos un círculo, con mi hermana en medio. Había algo ahí fuera y no sonaba nada bien. Al principio pensamos que sería algún animal o alguien que se hubiera transformado en uno, pues ya conocíamos la existencia del poder de cambio de forma y algunos decidían no hacer nada bueno con ese nuevo don. Sin embargo, nos equivocábamos. Se trataba de algo que no habíamos visto nunca: eran morferos. Cuatro, sin ir más lejos. Atacaron de repente. Mi padre disparó a uno en la cabeza (tenía puntería, se le daba bien). Mi hermano hizo lo propio, tampoco se le daba nada mal. Yo disparé, pero no atiné a mi objetivo en la cabeza, sino en un brazo. Con el otro brazo me agarró y me lanzó lejos contra un árbol. Mi padre y mi hermano se giraron para despacharlo. Mi padre sacó su machete y lo decapitó, pero apareció otro a su espalda que golpeó tanto a mi padre como a Gustav y los lanzó igual que a mí. Quedaba mi hermana, sola, ante esa criatura. Lo que pasó a continuación nos dejó bastante sorprendidos a todos.

Sheva vio el machete de mi padre en el suelo, rodó hacia él rápidamente, lo agarró y, con un giro de 360°, decapitó al morfero. Mi padre me miró sorprendido, pero se levantó rápidamente, nos cogió a todos rumbo a la caseta, donde estaba mi madre, para asegurarse de que estaba bien.

Cuando llegamos, mi madre estaba en la puerta, delante de dos morferos abatidos. Sé que pensaréis que menuda familia, pero nuestros genes bien nos han venido en esta época. Mi padre se acercó a mi madre:

—Está pasando algo extraño. Estas criaturas parecen humanas, pero actúan de manera impulsiva —le dijo mi padre a mi madre—. Volveremos a casa mañana a primera hora. Algo no va bien.

Esa noche escuché la conversación entre mi padre y a mi madre.

—Virgilia, hay algo raro en estas cosas. Los chicos no saben lo que son. Yo sí. Son morferos —le dijo mi padre.

—¿Morferos? ¿Te refieres a los que han perdido el control de la morfificación, Robert? —contestó mi madre.

—Así es. Lo extraño es que, según mis informes, rara vez atacan en manada. Además, creerás que estoy paranoico, pero juraría que su objetivo era Sheva. Apartaron a Nixot, a Gustav y a mí. ¿Por qué iban a por ella? —dijo mi padre.

—Quizá vieron que se trataba del objetivo más fácil, por ser la pequeña —replicó mi madre.

—De ser así, habrían intentado despacharnos a Gustav y a mí antes; nosotros suponíamos la mayor amenaza —contestó mi padre—. Aunque vaya sorpresa nos dio «la pequeña». Tenías que haber visto cómo se cargó a ese morfero.

—Es hija mía, digo nuestra —respondió mi madre riendo. Mi padre sonrió también.

—Cuando vuelva a la ciudad, tengo que investigar más a fondo. Intentaré ver qué averiguo cuando llegue al trabajo —dijo mi padre.

Robert, mi padre, era policía o guardia o alguna cosa por el estilo, de alto rango, aunque no sabía muy bien cuál; a mí todos me parecían iguales y no prestaba mucha atención. En cualquier caso, él era de los que daban órdenes (igual que en casa) y también que llevaba muchos años en primera línea, razón por la que se defiende bien en situaciones de presión y rara vez actúa de manera impulsiva. Parece como si siempre actuara conforme a un plan.

Entonces, todo se quedó en silencio, ambos se fueron a dormir. Yo, sin embargo, me quedé pensando en que era probable que mi padre tuviera razón. Los morferos iban a por mi hermana, pero también había dos que habían ido a por mi madre. ¿Qué estaba pasando? En cualquier caso, quedándome la noche en vela no iba a solucionar ni averiguar nada, así que intenté pegar ojo. Al día siguiente tocaba volver a casa

bien temprano, por lo que era mejor descansar y estar a tope al día siguiente. No podía permitirme volver a fallar como antes, mi familia contaba conmigo.

Al día siguiente, cuando estábamos cargando el coche con las cosas y a punto de irnos, mi padre me apartó de los demás. Al principio pensé que me iba a echar la bronca por lo de mi hermana, que se pensara que yo le había enseñado a manejar el machete, como con las armas de fuego, pero no fue así. Estaba acostumbrado a llevarme las broncas de mi padre siempre por cualquier cosa, así que era normal que esa fuera mi primera reacción; sin embargo, me sorprendió mucho lo que me dijo:

—Nixot, hijo, escúchame bien lo que tengo que decirte —yo le miré intentando hacerme el inocente para evitar la regañina—. No, no me mires así que no te voy a echar la bronca. Necesito que hagas algo por mí —me dijo.

Asentí con la cabeza, no sabía muy bien qué ocurría. Él prosiguió:

—Mira, estoy seguro de que ayer estabas con la oreja puesta mientras tu madre y yo hablábamos, te conozco bastante bien —intenté rehuirle con la mirada—. No pasa nada, no es eso. Simplemente necesito que me ayudes con un asunto. Tu hermano es muy fuerte, pero hay cosas que prefiero no contarle, porque él es fuerte físicamente. Emocionalmente le cuesta lidiar con ciertos asuntos.

Eso era verdad, mi hermano era una especie de mula, nunca se quejaba, nada le molestaba ni le echaba para atrás, pero hablarle de sentimientos era como dejarle desnudo. Siempre se escudaba con que esas cosas son sensiblerías y demás.

—Mira, sé que algo raro pasa y aún tengo que saber el qué. Si algo nos pasase a tu madre y a mí, quiero que me prometas que cuidarás de tus hermanos. Gustav no es que se dejara cuidar mucho, pero ya sabes a lo que me refiero. Y Sheva y tú sois uña y carne, por lo que no te será complicado mantenerla cerca. De todas formas, quiero que seáis un equipo, los tres juntos contra lo que sea que venga. Protege a tu hermana de cualquier cosa y de cualquiera. Incluso de ella misma si se diera el caso. ¿Entendido?

—¡Sí, señor! —respondí—. De todos modos, papá, no hacía falta que me hicieras prometer algo así. Sabes de sobra que eso lo haría aunque me ordenaras lo contrario.

Mi padre me miró medio de reojo, como resignado a tener un rebelde por hijo que haría lo que creyese en vez de hacerle caso. Teníamos una relación extraña, a decir verdad. Yo me quedé pensando en lo de «incluso de ella misma». ¿Cómo se supone que debía protegerla de ella misma? ¿Qué quería decir con eso? ¿Sabía mi padre algo que yo ignoraba? En cualquier caso, era hora de ponerse en marcha. De vuelta a casa.

Cuando llegamos nos pusimos a descargar las cosas del coche. Mi madre entró encasa la primera con algunas cosas y así dejar la puerta abierta para que nosotros, cargados hasta arriba de bolsas, entráramos directamente. Cuando entramos, a mi padre se le cayeron las bolsas. Había alguien en mi casa y tenía a mi madre agarrada por detrás, del cuello.

—Hola, Robert —dijo el hombre. Tenía una voz ronca, grave y muy serena. La expresión de mi padre fue una mezcla entre terror, sorpresa, ira e impotencia. Nunca le había visto así. De todos modos, intentó mantener la calma.

—Azél... ¿Cómo...? ¡Suelta a mi esposa! —gritó mi padre.

—Ya no acato tus órdenes, capitán. Ahora yo soy quien las da. ¡Coged a los muchachos!

De repente, aparecieron dos hombres y una mujer. Nos agarraron a mí y a mis hermanos. Intenté zafarme, pero mi captor tenía mucha fuerza. Me fijé en los ojos del hombre que me tenía agarrado. Me miró y los cambió de forma, sus ojos se transformaron momentáneamente en los de un reptil. Genial. A juzgar por su fuerza, deberían ser cocodrilos o serpientes.

—Te preguntarás cómo es que estoy vivo... —dijo Azél dirigiéndose a mi padre—. Desde luego, no gracias a ti. Me consideraste una amenaza y decidiste deshacerte de un problema, ¿verdad?

—¡Estabas perdiendo el juicio! El hecho de no tener poderes te volvió inestable e impredecible. Ya no seguías órdenes y sabes que nuestro trabajo se basa, principalmente, en eso —replicó mi padre.

—Robert, Robert, Robert... No lo entiendes, ¿verdad? El poder lo es todo. Mira a mis nuevos camaradas, por ejemplo. Dos cocodrilos y una cobra... Ahora ellos son mi equipo y siguen mis órdenes y cumplen mis deseos. Y mi principal deseo ahora mismo es acabar con aquellos que me agraviaron y me traicionaron. Éramos amigos, Robert. Pero en lugar de confiar en mí y ayudarme, ¡decidiste ordenar mi ejecución! —su voz se alzó y se llenó de furia en ese momento.

—Sí, di la orden, Azel, y tú en mi lugar habrías hecho lo mismo. Lo que querías hacer era una locura.

—¿Locura? —volvió a alzar la voz—. Un paso más en la evolución de la raza humana, ¿y tú consideras una locura querer estar por encima y controlarlo? ¿Cuánta mierda hemos visto desde que trabajamos juntos, Robert? Maridos que asesinan a sus mujeres, a sus hijos; desechos humanos que matan por unas míseras monedas para poder drogarse; malnacidos que solo se preocupan de su propio bien, que roban tiendas pequeñas cuyos propietarios sufren para poder mantenerse; gente que distribuye droga solo para enriquecerse; ¡policías corruptos que solo quieren llenarse los bolsillos! El ser humano da asco; lo sabes y sé que piensas como yo. ¿Qué hay de locura en querer hacer algo para cambiar eso? Con tanto instinto animal suelto que hay hoy en día... Creo que no está de más querer ser el Alfa, el que mande y ante el que todos se arrodillen. ¡Ser un rey para hacer un mundo mejor!

Azel siguió hablando y desvariando, mi padre me miró fijamente, y asintió con la cabeza. Acto seguido activó un mecanismo que llenó la casa de humo y se lanzó contra nuestros captores. «¡Corred!» dijo, así que agarré a Sheva, y los tres hermanos echamos a correr. Gustav cogió el coche y lo arrancó. Mi hermana no quería irse, yo tampoco... Dejar a nuestros padres solos con esas criaturas era un suicidio. No obstante, creo que mi padre se lo esperaba. De lo contrario no habría tenido la charla que tuvo conmigo unas horas antes. Mientras trataba de tranquilizar a Sheva, algo chocó contra nuestro coche y nos frenó en seco.

¿Qué tendría tanta fuerza como para parar un coche en seco? Pues teníamos la respuesta delante: un orangután. Bueno, no hace falta que especifique que no era el animal propiamente dicho, sino un *obake* se había transformado en uno. Vimos cómo acto seguido volvía a su forma humana y venía a por nosotros. Gustav se había quedado inconsciente por el choque. El *obake* arrancó la puerta de atrás. Aparecieron más personas que nos sacaron a todos. Entonces el orangután se dirigió a los demás y dijo:

—Tenemos a la chica. Nuestras órdenes son cogerla viva. Con los otros dos podemos hacer lo que nos plazca. ¡Matadlos!

Y así es como creía que mi vida iba a acabar, sin tener ni idea de nada. Mi hermano inconsciente, yo impotente y mi hermana gritando y pateando de rabia.

—¡Suéltame, suéltame! ¡Suelta a mis hermanos! —gritaba mientras pateaba.

¿Recordáis que os dije que tenía muy mal genio? No exageraba. Nadie se hacía a la idea del mal genio que tenía de verdad. De repente, sus ojos empezaron a brillar, a arder, y ella comenzó a chillar. Las manos del orangután comenzaron a quemarse. Dio un brinco y de su cuerpo salió una llamarada que me cegó y calcinó a nuestros perseguidores. ¿Qué diablos era eso? Acto seguido, Sheva se desmayó. La recogí, la metí en el coche, desperté a Gustav y nos largamos pitando de allí.

¿Qué le había pasado a mi hermana? ¿Tenía poderes? ¿Era ese su cambio de forma? Pero, ¿qué era eso? ¿Un animal que echa fuego o que arde? ¿Sería eso a lo que se refería mi padre con lo de protegerla «incluso de ella misma»? En cualquier caso, lo mejor que podíamos hacer ahora era irnos lo más lejos posible. Ya intentaríamos averiguar lo que ocurría más tarde, cuando los tres estuviéramos más calmados y a salvo. Era hora de ir a casa de la tía Sheila.

CAPÍTULO 2

La tía Sheila era la hermana mayor de mi padre. Tampoco era una *obake*. Sabíamos que siempre podíamos recurrir a ella cuando hiciera falta y ahora sí que hacía falta. Era una especie de sabia, sabía casi de todo, y si no, siempre encontraba una respuesta o la manera de encontrarla. Le gustaba saber más que nadie y disfrutaba sacando de sus casillas a mi padre. A fin de cuentas, era su hermana mayor y él era incapaz de conseguir que ella obedeciera sus órdenes. Vivía bastante lejos de nosotros, así que tardamos casi seis horas en llegar allí, pero era lo único que podíamos hacer para recomponernos. Sheva durmió durante todo el camino. Mientras tanto, Gustav me preguntó sobre lo ocurrido:

—Nixot, ¿puedes decirme lo que ha pasado antes? Recuerdo al mono chocarse contra el coche, pero nada más.

—Te quedaste inconsciente. El orangután arrancó la puerta de atrás y nos sacó a los tres, por eso nos falta una puerta en este coche. Casi no llamamos la atención —respondí yo, intentando quitar importancia a todo lo ocurrido con un pequeño pero insustancial toque de humor.

—¿Cómo nos libramos de ellos? ¿Fue papá quien nos ayudó? —preguntó Gustav.

—Ni yo sé muy bien qué fue lo que pasó —respondí—, pero lo que sí sé es que papá no fue. La razón por la que no estamos muertos ahora mismo es por Shev.

—¿Cómo, Sheva? ¿Qué pasó?

—Sus manos comenzaron a arder, sus ojos también... Acto seguido calcinó a los *obakes* y se desmayó.

Gustav, sorprendido, se mantuvo varios minutos en silencio, sin saber bien qué decir. No entendía muy bien lo que ocurría y sentía como si todo escapaba de su control, una sensación que no le hacía sentir muy bien, precisamente.

—Y... Sheva... ¿Está... está ella...? —preguntaba temeroso.

—Está bien. Tiene pulso. Solo está descansando —decidí interrumpirle para ahorrarle un mal trago y tranquilizarlo.

Gustav respiró hondo de alivio y tranquilidad. Supongo que consideró mi respuesta como una buena noticia, dentro de todo lo que pasaba. Seguíamos sin noticias de nuestros padres, y perder a Sheva habría supuesto un golpe demasiado duro para nosotros. Debíamos hacer caso a nuestro padre y mantenernos juntos.

—La tía Sheila sabrá qué hacer, seguramente —dije para romper el silencio e intentar calmar a mi hermano.

—Sí, eso seguro. Si no, ya se nos ocurrirá algo. Tenemos que mantener el control de la situación y pensar qué habría hecho papá.

Tras unas horas, llegamos a casa de nuestra tía. Aparcamos y llamamos a la puerta. Recuerdo que había un gato negro rondando por ahí. Mientras esperábamos a que mi tía abriera la puerta, me acerqué a él para acariciarlo (me encantan los felinos), pero parece ser que lo asusté, pues salió corriendo. Entonces tía Sheila abrió la puerta:

—¡Oooh, mis queridos sobrinitos! ¡Ay, qué mayores y qué guapos y qué...! Espera un momento. ¿Qué le ha pasado al coche? ¿Ya has conducido borracho, Gustav? —comenzó a hablar Sheila...

—No, tía, no es... —intentó contestar Gustav.

—Y tú, Nixot, ¡qué grande estás! Pero estás sucio, hueles a chamuscado y... ¿Y Sheva? ¿Dónde está mi única sobrina, tan guapa como su tía?

No me digáis que se ha echado un noviete y no ha querido venir a ver su tía... Eso sería un desastre. ¿Qué digo un desastre? ¡Una catástrofe!

—¡Tía Sheila! —gritamos mi hermano y yo al unísono.

—¿Qué, qué pasa? ¿A qué vienen esas caras?

Entonces la cogí de la mano, la llevé al coche y vio a Sheva. Antes de que empezara otra vez con su incesante parloteo, intenté explicarle lo que había pasado. A media historia me cortó.

—Espera, querido. Nixot, coge a tu hermana; Gustav, lleva el coche al desguace de mi amigo Arthur. Dile que vas de mi parte y que se deshaga del coche, después dile que te traiga de vuelta, os laváis un poco, coméis algo y nos ponemos al día.

¿Se notaba mucho que Sheila era hermana de mi padre? Lo más increíble era la rapidez que tenía de pasar del modo tía-protectora-adora-sobrinos al modo tía/sargento-que-organiza-todo. Pero parece que captó todo a la primera, lo que nos vino de perlas.

Mientras me lavaba un poco, Sheila estaba revisando que mi hermana estuviera bien. Me preguntó un poco sobre lo ocurrido y le conté lo que había sucedido con ella. Se quedó pensativa y me dijo que comiera algo de lo que había en la cocina mientras volvía mi hermano. Siempre fue una buena cocinera, así que por fin podía tener un momento de respiro y disfrutar de algo simple. Fue una de las pocas veces que tuve un verdadero momento para comer algo en condiciones desde que todo empezó. Si lo hubiera sabido, quizá habría intentado disfrutarlo un poco más.

Al poco, Gustav y un hombre, que supuse que se trataba del Arthur que mi tía había mencionado, llegaron a casa.

—¡Sheila! ¿Qué es eso de venir dando órdenes a unos pobres muchachos y hacerme a mí partícipe? Te parecerá bonito —dijo Arthur. Al principio creí que era un poco cascarrabias, pero tan solo quería bromear con mi tía. Tenían una relación extraña, como que había mucha confianza entre ellos.

—¡Cállate, viejo cascarrabias! No te hagas el duro solo porque estén mis sobrinos delante. Si en el fondo te encanta la idea de poder ayudarme y complacerme.

Vale, creo que eso último fue demasiada información para la mente de un joven adolescente, pero al menos era divertido y podía distraerme un poco de lo ocurrido.

Gustav intentó hablar con tía Sheila sobre nuestros padres.

—Tía Sheila... Mis padres... Se quedaron allí con esos...*obakes*...

—No sufras, Gustav. Conozco a vuestro padre. Es cabezota y tozudo como él solo. No creo que se dejara matar por tres mutantes y un cabeza hueca con ansias de poder —dijo Sheila para tranquilizar a mi hermano—. Y Virgilia no se queda atrás. Es posible que estuviera en una situación peliaguda, pero desde luego no es la típica damisela en apuros. Yo en esa situación me preocuparía más por los intrusos que teníais en casa que por ellos.

No estaba seguro de si ella creía de verdad sus palabras, de si las dijo solo para tranquilizarnos o si necesitaba decir las para creérselas ella. En cualquier caso, consiguió calmar a mi hermano.

—No te preocupes, muchacho —le dijo Arthur mientras ponía sus manos sobre los hombros de Gustav—, estoy seguro de que el viejo Robert se las sabe arreglar en cualquier situación. Ya verás como todo va bien y pronto tenéis noticias de vuestros viejos.

Las palabras de Arthur resultaban reconfortantes. Era un hombre alto, de pelo casi canoso, bastante delgado pero fuerte a la vez. Transmitía seguridad solo tenerle cerca, que era lo que más necesitábamos.

Gustav se quedó en la sala principal comiendo y bebiendo algo, charlando con Arthur. Yo fui a ver a Sheva. Me preocupaba su estado y su largo sueño. En ese momento, Sheila vino a mí.

—¿Y tú cómo estás, Nixot? De alguna manera siempre pareces estar bien y consigues que la gente apenas se preocupe por ti. Pero yo te

conozco, pequeño. La procesión va por dentro y tú has visto mucho en muy poco tiempo.

—No sé bien lo que vi, tía —respondí—. Lo que sí sé es que no fueron imaginaciones mías. Y sé sumar dos más dos. Sheva tiene poderes, pero resulta complicado de entender porque ni mi madre ni mi padre son *obakes*. Si a eso le sumas que aquellos hombres iban a por ella... Está claro que algo extraño pasa aquí. Simplemente parece que me falta alguna pieza del rompecabezas para poder comprenderlo todo.

—¿Tienes idea de lo que puede ser tu hermana? —preguntó Sheila.

—¿Un animal que arde? No tengo ni idea. Solo se me ocurren criaturas mitológicas... o que hayan sometido a mi hermana a alguna especie de experimento. Ninguna de las dos ideas me parece factibles, pero me decantaría por la segunda.

—¿Por qué razón?

—Sabemos de la existencia de los *obakes*. Pero el poder de un *obake* se pierde en la forma humana. Si no se transformó. Simplemente surgió de ella un poder en su forma humana. Es cierto que hay algunos resquicios; la fuerza física o la agilidad de algunos animales se refleja en sus formas humanas, pero nada tan poderoso como lo que ocurrió.

—Eso es cierto, cielo —respondió Sheila—, pero también tienes que asumir que hay muchas cosas que aún desconocemos. Lo que sí sabemos es que los morferos también mantienen parte de sus características animales. De todos modos, no deja de sorprenderme que alguien tan joven como tú sepa tanto de lo que ocurre.

—Me gusta estar al día de todo, tía.

—Y husmear entre las cosas de tu padre, ¿me equivoco? —inquirió Sheila.

Desde luego que me conocía bien. Desde el momento en que aparecieron los primeros cambios de forma, no dejé de informarme sobre ello.

Era algo que me fascinaba, y la mejor fuente de información eran los archivos confidenciales de mi padre. Intenté hacerme el inocente.

—No me vengas con esas, fui yo quien te pilló la primera vez y evitó que tu padre te castigara por ello —dijo mi tía, para mi sorpresa.

—¿Mi padre lo... lo sabía? —pregunté muy sorprendido.

—Por supuesto. ¿No te extrañó lo fácil que te resultaba acceder a sus documentos? Venga, Nixot. Sabes lo meticuloso que es Robert, deberías saber que si podías cotillear entre sus cosas a placer era porque él quería que así fuera.

Eso era algo que no me esperaba. Más preguntas se me venían a la cabeza. ¿Por qué quería mi padre que supiera todo esto? Entonces le conté a Sheila la conversación que tuvo conmigo la mañana antes de volver a casa.

—Con que Robert se lo temía... Está claro que tu padre sabe mucho más de lo que aparenta. Este hermano mío no tiene remedio, siempre queriendo saber más que nadie y jugándose. Ya verás cuando le vea, le voy a echar tal reprimenda por poner en peligro a mi familia que le voy a parecer un parche al lado de sus peores enemigos —dijo mi tía, como hablando más para sí que para mí.

La verdad es que el genio de Sheila era de cuidado. No sé muy bien de qué nos sorprendemos cuando S se enfada... Con los genes que tiene, como para ser una niña buena, adorable y asustadiza. Eso sería lo preocupante.

—Sheva necesita descansar, Nixot. Después de lo que me has contado, estoy segura de que está agotada. Vamos a preparar algo de cenar.

Siempre me ha gustado cocinar. Me considero algo torpe por falta de conocimiento, pero soy bueno siguiendo instrucciones y me encanta cuando me salen las cosas ricas. Así que no me importaba nada ayudar a mi tía. Era hora de preparar comida para cinco, por si Sheva se despertaba, aunque mi tía siempre preparaba comida de más, no fuera a ser que nos quedáramos con hambre. Gustav siguió conversando con